
NOVENA PARTE

I

Llevaron el cadáver de Danusia á la frontera en la que se hallaban apostados muchos soldados de Jurand, uno de éstos partió para prevenir al viejo Tolima y al sacerdote Kaleb. La noticia de la muerte de Danusia atrajo á multitud de personas, y pronto llegó el fúnebre séquito á cuyo frente figuraba Jurand, que se apoyaba en Tolima.

Les seguía un paje que llevaba una bandera con el escudo de la casa, y en torno del paje se veían muchas mujeres casadas con tocas y las doncellas con los cabellos destrenzados.

Al ver á Jurand, Zbishko se detuvo y los demás le imitaron. El joven caballero exclamó con voz doliente:

—La he buscado, he batallado, he vencido, pero ella en vez de volver á Spichov se ha remontado al cielo. ¡Dios nos valga!

Entonces los soldados golpearon con sus arcos los escudos y las mujeres exclamaron: ¡Oh, fatal destino! ¡Pobre

virgen inocente! Te has partido al cielo y tu padre permanece aún entre nosotros...

A estas exclamaciones, siguió un canto religioso. Jurand, soltándose de los brazos de Zbishko que derramaba amargas lágrimas, extendió el bastón para pedir que le condujesen á donde estaba Danusia. Cuando estuvo al lado de la doncella la tocó con las manos para cerciorarse de que era su hija amada; luego la abrazó y levantando ambas manos al cielo, permaneció en actitud suplicante.

Zbishko estaba arrodillado junto á la litera y Kaleb recitó las preces del ritual, manifestando la esperanza de que Danusia recibiría en el cielo el premio de su martirio.

Después se fueron todos al castillo, en tanto que doblaban las campanas llamando al pueblo. Era la hora del crepúsculo, y como volvían de los pastos las ovejas, sus balidos se confundieron con las lamentaciones de los hombres.

Se depositó la parihuela en un capilla de la iglesia y velaron el cadáver hermosas doncellas.

Zbishko colocó á la muerta en un ataúd de enclna, cubierto con un paño y en el que había un pedazo de ámbar.

Jurand estaba atacado de parálisis; no podía moverse, pero razonaba todavía y pensaba en su hija amada.

Kaleb y Tolima le juzgaban muerto.

II

Cuando se hubo sepultado á Danusia, Zbishko permaneció como pasmado; con el transcurso de los días recobró su valor; y pudo narrar sus últimas aventuras, la prisión de Matzko y dijo que quería pagar el rescate del viejo caballero á los hermanos De-Baden.

En los sótanos de Spichov había mucho dinero. Kaleb creyó que los cruzados se contentarían con una crecida cantidad y llamó á Tolima.

—Ve á Plotzk,—le dijo,—y pide al principe su salvoconducto, á fin de enviarte con los cruzados.

Tolima partió; Kaleb no permitió á Zbishko partir, por temor á que el joven se comprometiese demasiado.

El joven se sentía desalentado; había entrevisto un porvenir de gloria y felicidad y hé aquí que la muerte le arrebató el fruto de sus trabajos.

Pensó, como Jaghenka, que la felicidad no era para él más que un recuerdo; el dolor le atraía y su actividad se había trocado en languidez é inercia. En sus miradas se adivinaba el desaliento y Kaleb se arrepintió de no haberle mandado en persona al encuentro de los cruzados.

—Habrá que despertarle de ese letargo,—decía al coadjutor.

En esto llegó al castillo el caballero De-Lorsh; al verle Zbishko demostró gran turbación, acordándose de la batalla de Semud y de la liberación de Danusia.

De-Lorsh, que era poeta, compuso una elegía en honor de la doncella por la noche; Zbishko, al oírla, rompió á llorar.

Al amanecer, dió las gracias á De-Lorsh por su visita y le preguntó cómo se había enterado de la fatal nueva. El caballero contestó que había visto á Tolima en poder del comtur de Liubava y que sabedor de la muerte de Danusia, venía á ponerse á las órdenes de Zbishko.

Este y Kaleb se afligieron al saber que Tolima estaba preso, y comprendieron que lo habían detenido para cogerle el dinero.

—¡Qué desgracia!—exclamó Zbishko.—Mi pobre tío pensará que lo hemos olvidado; voy á rescatarle.

Y preguntó á De-Lorsh.

—¿Cómo ha caído en poder de los cruzados?

—No sé,—respondió De-Lorsh,—se fué á Malborg y...

—Lo creía más astuto, interrumpió Kaleb,—y creí que no se atrevería á visitar á esos bandidos sin el oportuno salvoconducto.

De-Lorsh encogióse de hombros.

—¿De qué le hubiera servido? Cada comtur y cada voit hacen lo que se les antoja.

—Razón de más para dirigirse á Plotzk y no á Malborg.

—Ese era su propósito; pero lo cogieron al atravesar la frontera y el dinero le ha salvado de una muerte cierta.

—¿Cómo está Matzko?

—Bien; pero le hubieran matado ya si no esperasen un fuerte rescate, por esta razón le defienden los De-Baden. Si lo matasen, todos los caballeros de Flandes, de Gueldos y de Borgoña se sublevarían porque yo estoy emparentado con el conde de Gueldres.

—¿Y por qué volvéis?—preguntó maravillado Zbishko.

—Porque en Malborg dije: «Si dais la muerte al viejo señor de Bogdanetz, el joven hará lo propio conmigo.»

—No haré tal, os lo juro.

—Lo sé; pero ellos lo han creído y de aquí que Matzko esté fuera de peligro. Me han dicho que erais su prisionero, pero yo estoy en vuestro poder. Pagad el rescate á los De-Baden y pedid por el mío el doble ó el triple. Odio á los de Baden y antes de servirles me marché á Tierra Santa.

—Permaneced con nosotros,—exclamó Kaleb.—Espero que así será, porque los De-Baden no pagarán vuestro rescate.

—Lo pagaré yo,—dijo De-Lorsh.—He venido con algunos carros llenos de riquezas.

—No las admito,—contestó el joven señor de Bogdanetz.

Se abrazaron, y De-Lorsh añadió:

—Procurad que no se enteren los alemanes, porque empeoraría la suerte de Matzko.

—Está bien; os quedáis aquí ó donde mejor os plazca; yo pasaré á Malborg y fingiré estar muy enojado con vos.

—En Plotzk deben avistarse el rey de Polonia y el gran Maestre; los cruzados desean si el rey ayudará á Vitoldo. Son unos bellacos, pero el rey lo es más todavía; quiero ir á su corte porque me dicen que hay allí hermosas mujeres. Zbishko debe ir allá para desenmascarar á los pérfidos cruzados.

—¡Feliz ideal!—exclamó Kaleb.

—Durante las fiestas,—añadió De-Lorsh,—se celebrarán torneos, y dicen que en estos tomará parte el caballero Juan de Aragón, el más valeroso guerrero de la cristiandad. ¿Le conocéis? Creo que ha retado á Zavisca, tenido por un atrevido campeón.

Zbishko recordó haber oído otras veces el nombre de Juan de Aragón, que, en efecto, era un famoso guerrero.

—¿Ha desafiado é Zavisca?—preguntó maravillado.

--Hace un año.

—Así no faltará á la cita.

—Creo que no; los cruzados han invitado á los dos célebres caballeros.

—De buen grado asistiría á ese singular combate.

—Aunque quede vencido Zavisca, lo cual no es difícil, el hecho de haber combatido contra el primer guerrero del mundo, constituirá una gloria para vuestro pueblo.

—Cierto que sí.

Pero según la historia, aquel combate se verificó más tarde en Perpiñán en presencia del rey Segismundo, el papa Benedicto XIII, el rey de Aragón y muchos príncipes y cardenales. Cupo el honor de la victoria á Zavisca.

—Quiero poner en libertad á mi tío lo más pronto posible y vendréis conmigo á Plotzk.

—Con mil amores, porque quiero conocer á vuestros caballeros y á las damas de la corte que gozan fama de muy bellas.

—Lo mismo deciais há poco de las de Vitoldo,—concluyó sonriendo Zbishko.

III

El caballero de Bogdanetz se acusaba de haber olvidado á su tío. Por lo mismo partió al amanecer junto con De-Lorsh y en el camino encontraron á Tolima que se había fugado.

Muy sorprendido Zbishko pidió al viejo explicaciones de la evasión, y Tolima le dijo que enviado por el conitur de Liubava á Brodnitzá en busca de dinero oculto allí, alcanzó á escapar de manos de los dos soldados por la noche, mientras cruzaban el río.

—¿Y los dos guardias?

—Pecieron ahogados. En cuanto al dinero, se lo quedó en parte el conitur de Liubava, y la otra parte la guarda vuestro escudero.

—¿Dónde está?

—Ha salido de Spichov con la señorita, que ahora es dama de la corte.

—¿Y Sigfrido?

—¿No os lo ha dicho Kaleb? Se ahorcó, y habéis pasado junto á su sepulcro.

Guardaron breve silencio; después Tolima dijo:

—El escudero os buscaba, pero tuvo que detenerse porque la señorita enfermó á su vuelta de Spichov.

Zbishko, como si despertase de un sueño, preguntó:

—¿Qué señorita?

—La que vino vestida de hombre á Spichov con Matzko, que le tomó mucho cariño.

—Kaleb no me ha dicho nada.

—Porque estará afligido.

—¿Cómo se llama la joven?

—Jaghenka.

Zbishko se quedó admirado; no le parecía creíble que la joven hubiese salido de Zgogelitz para Spichov después de haberle dicho que estaba casado, y por otra parte nunca le había hablado de ella. ¿No soñaba el buen Tolima?

Antes de ponerse el sol, Zbishko pudo hablar con el tcheque, quien vió con júbilo á su amo.

Este, que confiaba mucho en el escudero, creyó que sus palabras le servirían de consuelo.

Zbisko explicó lo sucedido y De-Lorsh tuvo que entonar de nuevo la canción dedicada á Danusia.

El joven señor de Bogdanetz dijo que se dirigía á Malborg para pagar el rescate.

—Hacéis bien,—observó Glava,—deseaba veros para aconsejaros el viaje á Plotzk. El rey debe avistarse con el gran Maestre en Ratzegek y en presencia del rey es fácil lograr todo de los cruzados, que se mostrarían complacientes.

—Tolima me ha dicho que no has podido verme antes porque Jaghenka de Zgogelitz estaba enferma ¿Por qué ha venido á Spichov?

—Porque Matzko temía que Chtan y Vilko se apoderasen de ella. El abate ha muerto instituyendo por heredera á la señorita, que está bajo la tutela del obispo de Plotzk. Este la guardará bien.

—¿Por qué la han llevado á Spichov?

—Porque hallándose ausente el obispo y la familia del príncipe no cabía fiar en los demás. Y fué fortuna llevarla, porque ella nos dió á conocer á Jurand.

El tcheque aseguró que éste quería mucho á la joven. Escuchábale Zbishko conmovido.

—Que Dios la bendiga,—murmuró.—Pero es extraño que nada me hayáis dicho hasta ahora.

El escudero le preguntó:

—¿Dónde?

—En Schmud.

—Entonces pensábamos de otro modo; pero me parece haberos hablado.

—De Jurand sí, pero no de Jaghenka...

—No me habré explicado bien; ahora está aquí la señorita, que podrá ser útil á Matzko.

—¿Cómo.

—Hablandole á la princesa, á la que respetan los cruzados. En estos últimos tiempos un hermano del rey, el príncipe Skirgello se sustrajo á su imperio y se refugió al lado de los cruzados, que querían darle el trono de Vitoldo. El rey ama á la princesa y oye sus consejos; y por lo mismo los cruzados le han pedido que influya en el ánimo del rey para que éste se ponga de parte de Skirgello; comprenden que sin Vitoldo estarán mejor.

—Si Jaghenka se interesa por Matzko pedirá su libertad,—dijo Zbisko.

—Señor, decidle lo que debe hacer.

—Iré con De-Lorsh al castillo; pero antes cambiaré de vestidos y me arreglaré los cabellos que pensaba cortarme.

—Es mejor que no lo hayáis hecho.

Glava llamó á los criados y en tanto que los dos caballeros se vestían les habló de lo que ocurría en la corte del rey y del príncipe.

—Los cruzados,—les decía,—procuran hacer daño á Vitoldo y han concitado contra él al príncipe y á la princesa de estos países; aun el ilustre Janush parece enojado con Vitoldo por lo de Vilna.

—¿Irán esos también?

—Sí, porque han de presentar al Maestre muchas quejas.

—¿Y el rey no está indignado con la orden?

—Sí, hace tiempo, y prefiere Vitoldo á Skirgello que es un dilapidador, y por eso los caballeros dicen que el rey no negará su concurso á Vitoldo y hará que le ayuden los cruzados.

—¿Y Zavischia?

—No está aquí; pero se nota la presencia de otros caballeros. ¡Ay de los alemanes!

Zbishko y De-Lorsh se dirigieron al castillo; el podestá Andrés de Jasinietz ofrecía á los caballeros un banquete al aire libre. El patio del castillo rebosaba de gente. Zbishko reconoció á Povala de Tacev, que se acercó al joven.

—¿Cómo estás? Veo que llevas el cinturón y las espuelas de caballero.

—Salud, noble señor,—respondió el joven.—Celebro verle sano y salvo.

—¿Dónde está tu padre?

—Mi tío queréis decir; prisionero de los cruzados y voy á rescatarlo.

—¿Y la joven que te cubrió con el velo?

Zbishko enjugó una lágrima; el de Tacev comprendió y murmuró:

—La vida es triste.

Se llevó al joven á un rincón del patio y le oyó el relato de sus desventuras, de pronto dijo:

—Se lo diré al rey; le diré que los cruzados son peores que los tártaros y los turcos: ladrones, embusteros, traidores; el gran maestre se queja del rey y sin embargo le adula. Se lo contaré todo y castigará á sus enemigos.

—Todos han muerto.

—Lo celebro; no obstante queda el de Lichtenstein, contra quien lucharé en cuanto empiece la guerra; no puede al presente aceptar mi desafío sin permiso del gran Maestre que le necesita.

—Antes he de libertar á mi tío.

—Razón tienes; en cuanto á Lichtenstein no vendrá á Ratzengek; lo enviaron á Inglaterra para pedir auxilio al rey. Nada temas por tu tío; si el rey ó la reina interceden en su favor, será puesto en libertad.

—Y con tanto mayor motivo cuanto que tengo en mi poder al célebre De-Lorsh que desea conoceros.

Y al decir esto hizo seña á De-Lorsh que, en efecto, quería ser presentado á Povala.

El caballero loteringio dijo:

—Grande honor es el de estrechar vuestra mano, y mayor el de pelear con vos en el campo.

Sonrióse Tacev de un modo benévolo y murmuró:

—Me place saludaros como á un amigo y espero que lo seréis para mí.

De-Lorsh repuso con timidez:

—Por otra parte, noble caballero, si afirmáis que la señorita Inés de Dlugoliass no es la más bella y virtuosa del mundo, salvo el respeto que os debo, os reprocharé vuestro parecer...

Y miró á Povala con respeto no exento de ironía; el otro; hombre dotado de fuerza hercúlea y de natural alegre, dijo:

—Cuando joven hice voto de glorificar á la duquesa de Borgoña, que tenía diez años más que yo: si afirmáis que es más joven que nuestra señorita Inés, nos batiremos.

—De-Lorsh se echó á reír; Povala lo cogió por los sobacos y le levantó como á una pluma.

—¡Paz! ¡paz!—repetía en son de burla.—Nosotros no podemos reñir.

El ruido de una trompeta anunció la llegada del príncipe Zemovítov y de su consorte.

—El príncipe,—dijo Povala,—en su calidad de caballero, entra primero que el rey.

Les acompañaban numerosas damas y muchos caballeros, con trajes de ceremonia,

Zbishko miraba aquello con curiosidad; de improviso exclamó:

— ¡Es ella, es Jaghenkal!

La doncella le sonrió con agrado y luego bajó los ojos; una venda de oro sujetaba sus cabellos negros; aparecía esbelta, graciosa y bella como la hija de un rey.

IV

Zbishko se inclinó ante la princesa de Plotzk que de pronto no le reconoció, pero que al oír su nombre dijo:

— Os había confundido con un gentilhomme de la corte... ¿Y vuestro tío, vuestra esposa?

— Ha muerto, señora.

— ¡Virgen bendita! ¡Ah, no hablemos de esto! ella está en el paraíso y vos sois joven y... De modo que el caballero Matzko está aquí!

— No, sino en poder de los cruzados y voy á libertarle.

— ¡Y él tan previsor y astuto ha caído en el lazo!... Cuando hayáis logrado vuestro propósito, venid á mi corte, porque si vuestro tío es inteligente, á vos no os falta belleza.

— Princesa ilustre, vengo á pedir os que intercedáis por mi tío.

— Venid á verme antes de la caza.

Sonó una trompa; entraron el príncipe Janush y la princesa. Esta, al ver á Zbishko, se encaminó hacia él, y mientras el joven le abrazaba las rodillas, ella dijo:

— Lloro por él, por ella y por tí; cuéntamelo todo.

Los caballeros que no conocían á Zbishko preguntábanse extrañados quién era aquel joven.

Dos nobles cruzados hablaban entre ellos, y decían:

— Se asegura que De-Danfald y De-Love se cuidan de magia; no lo creo.

Povala, que oyera la explicación, replicó:

— Los que impiden el bautismo de los lituanos bien pueden dedicarse á la magia.

— Llevamos la cruz en el manto,—dijo con altivez el cruzado.

— Mejor es llevarla en el corazón,—replicó Povala.

Entraron entonces el rey y el arzobispo, los nobles y los altos dignatarios. El rey pareció otro hombre á Zbishko. Tenía largo el cabello, inquietos los ojos, pálido el semblante. Delante de él se pusieron los dos príncipes de Masovia y los embajadores alemanes que se inclinaban profundamente.

El embajador de la Orden, De-Benden, habló de los intereses de su congregación; pero el rey exclamó:

— Ya queda tiempo para oír tus sermones, Ahora es mejor que nos divirtamos.

Volviéndose hacia el príncipe Yanoviton, dijo:

— Mañana vamos al bosque, ¿verdad?

El príncipe explicó al rey, que era muy aficionado á la caza, el terreno en que ésta se verificaría, y mandó á uno de los señores que hiciera venir un «brontzi» (1).

Zbishko, aún cuando desease saludar al soberano, no

(1) Los que poniéndose cerca de un cazador le defienden contra los animales feroces.

pudo acercarse á él; pero el príncipe Jamont le saludó afectuosamente.

Una voz triste y suave murmuró:

—Zbishko...

Era Jaghenka, que se le había acercado.!

—Zbishko,—repitió la joven;—Dios y la Santa Virgen te consuelen.

—Dios te bendiga,—contestó el caballero.

—Estaban cerca uno de otro. Jaghenka parecía una reina.

Zbishko no se atrevía á tutear á la joven, que le salvara en otro tiempo la vida.

La princesa se acercó al joven y le dijo:

—Para nosotros dos la cena será triste; tú me servirás de paje.

El joven se inclinó, y cuando los comensales rodearon la amplia mesa, Zbishko hizo lo que le encargara la princesa. Jaghenka aparecía ahora más grave y circunspecta, y también más bella y más graciosa. Los caballeros la miraban con insistencia, y el rostro de De-Lorsh denotaba tal emoción, que Zbishko se enojó con él.

—Verdad es,—dijo la princesa señalando á Jaghenka, —que todas las estrellas palidecen ante ese sol.

Al acabar la comida, Jaghenka sonrió á Zbishko, que se fué á la posada momentos antes que De-Lorsh.

Un escudero de éste dijo á Zbishko:

—Mi dueño desca un favor.

—Decid.

—Os pregunta si la joven con quien hablasteis era un ángel ó una santa.

—Decid á vuestro amo que me asombra su pregunta. En Spichov quería ver á las mujeres lituanas. En Plotzk ha desafiado al señor de Tacev por la señorita Dlugoliass. Ahora piensa en esta otra joven. ¿Qué fidelidad es ésta?

De-Lorsh, que había oído á Zbishko, contestó:

—Tenéis razón. He jurado á Inés de Dlugoliass serle

fiel, pero fue muy cruel para mí. Me jugó una mala pasada. Díjome que tenía un enemigo, un mago que la perseguía. Y al llegar yo para desafiarme, noté un monstruo que me esperaba inmóvil. Díle un terrible tajo; el monstruo cayó: era de paja.

Zbishko contestó:

—Acaso la joven obró con ligereza y sin mala intención.

—La prueba de que la perdoné es el duelo que propuse al caballero de Tacev.

—No os batáis.

—Sí, prefiero morir á vivir siempre triste.

—Es mejor que seáis amigo del caballero.

—Vamos á verle.

Povala dormía; Janush invitó á los dos caballeros á la caza.

Por el camino, el príncipe de Jamont dijo á Zbishko:

—Hablé al rey de tus aventuras, y se ha enojado al saber cómo te habían atropellado.

Zbishko topó luego con Jaghenka, que le dijo:

—He rogado á la princesa que escriba al Maestre.

—Gracias.

—¿Por qué no me tuteáis?

—Es que ya no sois una niña.

—Y eso ¿qué importa?

Después de una pausa, la joven preguntó:

—Cuando esté en libertad vuestro tío, ¿os quedaréis aquí?

—No lo sé. Y vos, ¿seguiréis en la corte?

—No; quiero ver á mis hermanos.

—Mi tío te acompañará á Zgogelitz.

—Seré para él una hija.

La joven prorrumpió en amargo llanto.

Al día siguiente Povala dijo á Zbishko:

—Después de las fiestas, el rey se avistará con el gran

Maestre; te ha nombrado su caballero de honor y marcharás con él.

Zbishko se ruborizó de contento.

—¡A vos debo esta merced!—exclamó el joven.

—También la debes á la princesa de Plotzk, y más que á nadie á la generosidad de nuestro rey.

—Moriré con gusto por él.

V

La entrevista de Ratzengek, en la isla de Visla, no dió buen resultado. Solo dos años más tarde se devolvió al rey la tierra de Dobgintes y Bobrovniki. El rey se mostraba indignado de tanta perfidia, y el Maestre no quería hablar de Dogbin y obraba de mala fe, diciendo:

—No quiero guerrear contra vos ni contra la Lituania; pero Semud es de la Orden porque el mismo Vitoldo nos la ha cedido. No le auxiliéis, y así la guerra terminará antes, y entonces hablaremos de Dogbin.

Los embajadores del rey replicaban:

—Si crece vuestro poderío aún seréis más soberbio. Queréis poner en el trono de Vilna á Skirgello y el derecho de nombrar príncipe corresponde á Jagellon. Temed

El Maestre decía:

—El rey debe ordenar á Vitoldo que entregue Semud, pues de lo contrario puede estallar la guerra con Vitoldo.

Nada se sacó en limpio de aquellas entrevistas. El rey no quería acceder á lo que los cruzados pedían. Vitoldo no cedía. Los cruzados no renunciaban á sus pretendidos derechos, y no había manera de entenderse, por lo tanto, máxime cuando ninguno de los tres poderosos partidos deseaba sinceramente la paz, sino que, por lo contrario, anhelaba la guerra.

No se celebraron los torneos anunciados, porque no produjeron efecto las tentativas de obtener la neutralidad del rey.

Zbishko trató con Arnolde De-Baden del rescate de De-Lorsh y de su propio rescate. Arnolde era codicioso, pero no poseía la astucia de los cruzados; confesó á Zbishko que era preferible que mutuamente cobraran poco, pero en seguida, pues sino podría haber un cambio de prisioneros entre el rey y el Maestre, y esto no le convenía á él, que tenía la escarcela vacía.

Zbishko decía que pagaría cuanto era preciso. Arnolde le abrazó y los demás polacos alabaron al señor de Bogdadetz.

El rey y el Maestre se convinieron en cuanto á los prisioneros; los polacos tenían hombres adultos, y los cruzados mujeres y niños. Hasta el Papa condenó la conducta de los cruzados.

En cuanto á Matzko, el Maestre opuso algunas dificultades, diciendo que merecía la muerte por haber prestado ayuda á los de Semud contra los cruzados. Los consejeros del rey recordaban el caso de Jurand y de su hija.

Se decidió que algunos caballeros fueran á las prisiones, y por parte de los polacos se nombró á Zindarm, Povala y Zbishko.

El rey nombró á este último porque le agradaba su carácter y porque jamás le pedía merced alguna. El príncipe Jamont influyó en el nombramiento. Zbishko fué á darle las gracias.

—Muchos deben envidiarte,—dijo el príncipe.

—Lo que yo desearía es estar á vuestro lado en el campo de batalla. Hoy mismo marcharemos; pero me parece que el viaje no será muy divertido, pues los cruzados rabian desde que Vitoldo les ha tomado casi toda la Lituania.

—Si el rey le auxilia hará una hermosa campaña.

—Tal deseo.

—Y yo.

—Pero mientras viva el actual Maestre no estallará la guerra.

Tenía razón; Zbishko se convenció de ello en Malborg. Conrado de Junghingen no era malo por naturaleza, sino por necesidad; no era falso por natural inclinación, sino para realzar el prestigio de su Orden.

El gran Maestre era orgulloso, colérico, cruel; pero á veces se mostraba benigno con los vencidos. Conrado comprendía que su situación era parecida á la de un cochero cuyos caballos se han desbocado; quizás recordaba una profecía: «Los hice á semejanza de las ovejas productoras y ahora se rebelan contra mí. No cuidan de su alma y no tienen compasión del pueblo que es mío. Día vendrá en que les caerán los dientes, sus miembros cercenados, y entonces comprenderán sus pecados.»

El Maestre sabía perfectamente que todo el edificio de la Orden se sustentaba sobre falsa base, y temía que una mano poderosa, conmoviendo los cimientos, lo echara todo abajo.

Por tal causa procuraba evitar la guerra con Polonia; y no tuvieron razón los que le acusaron de debilidad. Es probable que presintiese la próxima ruína, y quizás entonces pensaba en reconstruir el inmenso edificio sobre una base de justicia y rectitud; pero era ya harto tarde. Para ser justos hubiesen tenido los cruzados que renunciar á muchas comarcas y á muchas riquezas; volver á Palestina y defender verdaderamente la Cruz contra los sarracenos. El que tal propusiera sería tratado de loco y

visionario; era necesario adelantar por el camino de la injusticia, en cuyo extremo estaba el castigo.

El Maestre andaba triste pero altivo; la obscura coraza y el largo manto con la cruz le prestaban un aspecto grave y austero.

En su juventud fué honrado, muy amigo de justas y torneos y de cacerías; pero ahora, cuando todos acataban su poder, cuando se le afirmaba que la Orden era una potencia formidable, recordaba la profecía; «Día vendrá en que les caerán los dientes...»

VI

El camino pasa por Grudsent, y allí el gran Maestre tenía que detenerse para resolver un litigio entre el gobernador de la Orden y la nobleza, acerca de unos derechos de pesca. Después continuaría el viaje por el río hasta Malborg.

Zindarm, Povala y Zbishko admiraban el poder y las riquezas de los cruzados, y especialmente Zindarm que, además de ser un paladín victorioso, era un gran militar, entendido en el arte de la guerra.

El Maestre esperaba que mostrando al valeroso capitán los medios de defensa y ataque de los cruzados, quedaría impresionado y aconsejaría la paz al rey.

El castillo de Malborg no tenía punto de comparación con ningún otro. Los caballeros vieron desde larga distancia sus torres altísimas. Las murallas de la ciudad eran altas, anchas, imponentes. El rostro del Maestre se iluminó al verlas.

—¡Has nacido del lodo de Marienburg!—exclamó.—
¡Ningún poder humano podrá derrumbar este barrol

Zindarm miraba el foso y las murallas. Conrado preguntó.

—Vos que entendéis en fortificaciones, ¿qué os parece ésta?

—Parece inaccesible, pero...

—¿Pero?

—Todo castillo puede cambiar de dueño.

—¿Por qué decís ésto?

—Porque los hombres no pueden conocer la voluntad de Dios.

Y continuó andando. El Maestre replicó:

—Nuestro Marienburg es diez veces mayor que Vavel.

—Allí, en la cúspide no hay tanto ámbito como aquí en la llanura, y además, en Vavel tenemos el principal corazón.

—No comprendo.

—¿Qué es el corazón de un castillo sino su templo? Nuestra iglesia es tres veces mayor.

Y señaló con la mano un templo en cuyo timpano se veía la imagen de la Virgen María, de mosaico, sobre fondo de oro.

—Rara es vuestra respuesta, —murmuró el Maestre.

En la ciudad tenía noticia de su llegada. Cerca de la puerta esperaban los altos dignatarios, la clerigalla y los caballeros laicos. Su estatura aventajada, sus anchos hombros, sus barbas espesas, las miradas feroces, antes les daban el aspecto de bandidos alemanes que de religiosos. En su frente se leían la altivez y la osadía sin igual. No respetaban mucho á Conrado; pero le saludaron con deferencia al ver que le acompañaban caballeros extranjeros.

El maestre preguntó:

—¿Qué noticias hay de Verner de Tettinghen?

Verner era el que mandaba á los cruzados contra Viboldo.

—Nada importante se sabe; hemos tenido pequeñas

pérdidas; los salvajes han quemado las aldeas de cerca Raghneta y otros castillos.

—Esperemos que una batalla campal acabará con su atrevimiento,—dijo el maestro, murmurando una plegaria.

Después presentó á los caballeros polacos.

—Son los embajadores del rey de Polonia,—dijo.—Vienen para hacerse cargo de los prisioneros; preparadles alojamiento.

Los de la Orden miraban con curiosidad á los polacos, especialmente á Povala, célebre por sus proezas. Examinaban á Zbishko, de quien se acordaban. No se fijaban tanto en Zindarm, que de allí á poco sería célebre. Sus manos grandes sobre ponderación y sus piernas torcidas, despertaban la risa de los cruzados, aunque la reprimían por cortesía.

El comtur les llevó al primer patio del castillo donde había la escuela, las cuabras y una capilla de San Nicolás y dijo:

—Este edificio de la izquierda contiene la caballeriza; la gente dice que somos pobres, pero...

—Ya se vé que no,—dijo Povala.

—Tenemos cuatrocientos caballos. Sobre las cuabras hay reservas de pan y harina para diez años. En cuanto al hambre no hemos de temerla.

Después guióles á otro patio que había en la primera línea fortificada.

—Tened en cuenta,—dijo,—que esto es lo menos fuerte del castillo, que tiene tres recintos.

Luego entraron en el segundo recinto que era más elevado que el primero. Desde allí se dominaba todos los edificios y se veían las obras de defensa; entre las cuales hay que contar los fosos llenos de las amarillas aguas del Nagata.

El conjunto de todas aquellas fortificaciones y edificios

constituía una fortaleza en que la cruz y la espada se aunaron para oprimir á la humanidad.

Durante todo el día no paraba el movimiento de operarios y soldados. Oíanse todos los idiomas del mundo; había gente de todas razas y procedencias.

En la parte alta del castillo, junto al palacio del gran maestro, se levantaba una torre con el tesoro que, servía para las expediciones, para el pago de los sueldos, y para las necesidades de los gobernadores, síndicos y condes. Allí, á la fuerza de la espada y de la cruz se unía la del oro y resultaba irresistible.

Los soberanos no solo iban al castillo para pedir préstamos de dinero, sino para aprender á gobernar.

Los caballeros para aprender el arte caballeresco pues pocos había como los templarios que le conocieran.

La Orden, como una araña colocada en el centro de una tela inmensa, tiraba de los hilos á derecha é izquierda y castillos y pueblos, y nobles y villanos, caían en sus redes, aumentando la potencia de la temida institución.

Lithuania sentía la presión de la Orden, y Polonia vencedora en Plotzk perdía terreno á la izquierda del Vistula.

La Orden de Livonia aspiraba á ocupar las tierras de Rusia, y como amenazadora avanzaba, causando estragos.

Las cristianización de Lithuania turbó la paz de la Orden la cual, por más que no perdió territorio alguno, comprendió que surgía una fuerza amenazadora á su lado.

Los cruzados deberían volver á Palestina para defender á los peregrinos que iban al Santo Sepulcro, pero hacer esto, equivalía al abandono de castillos y campos y bosques con que se hallaban encariñados.

Los cruzados se revolvían furiosos como serpientes mordidas en la cola contra cuantos consideraban causantes de su ruina.

Conrado, temía la guerra con el potente soberano polaco, porque los recursos de éste, eran casi inagotables.

Sin embargo, la mayor parte de los templarios insistía en querer la lucha á todo trance, en tanto que era posible aún engañar al papa, y hacerle creer que la Orden era muy poderosa.

Decían que Jaghellon y Lithuania se habían cristianizado únicamente en apariencia, pues era imposible que se hubiera hecho en un año lo que la espada de la Orden no pudo conseguir en muchos siglos; contra Polonia y su rey y sus nobles, se murmuraba que eran defensores del paganismo, y aquellas calumnias se difundían por doquier y hacían que fuesen á Malborg, príncipes y condes y caballeros de las lejanas tierras del medio día y del occidente.

Marienburg, dominaba desde su altura todo el país, y se mostraba orgullosa, rica y potente; pero los cruzados, no comprendían que de la ingente roca huyó el espíritu y solo quedaban las murallas, centinela avanzado de la infamia y de la codicia; pero aquella roca, era aun muy fuerte, y así lo comprendían Tacev y Zbishko y Zindarm de Mashkovitz los cuales recordaban las palabras que los cruzados dijeron una vez al rey Casimiro: «nuestra fuerza es mayor que la tuya, y si no cedes, te perseguiremos espada en mano, hasta Cracovia.»

El conde mostró á sus huéspedes la estancia destinada á ellos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

VII AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

Matzko y Zbishko, se abrazaron con aquel afecto que nace del compañerismo y los dolores pasados en común durante muchos años.

El anciano caballero, advirtió desde el primer momento la tristeza que se había enseñoreado del alma de Zbishko, y le abrazó más fuerte, para hacerle comprender que no era insensible á su dolor. Después de algunos momentos de silencio, el anciano dijo en voz baja:

—¿La perdiste?

—Murió entre mis brazos junto á Spichov,—contestó Zbishko.

—Y Jurand, ¿vive?

—Lo he dejado vivo, pero...

—Mejor hicieras quedándote allí.

—¿Y dejáros á vos aquí?

—Semana más ó menos...

—Tenéis pálido el rostro.

—Es á causa de la humedad de los subterráneos. La herida se me ha vuelto á abrir; ¿te acuerdas de aquella grasa de castor?